

tes expuestos al público en el Foro y luego completaban esta sección política con las noticias que habían cazado al vuelo en sus diligentes correrías y vagos reportajes. El diario de Roma ya estaba hecho.

Aquello que Celio, el joven amigo de Cicerón, llamaba *ineptiae* y hoy llamaríamos *sucesos*, no tardó en cobrar para la mayor parte del público interés más vivo que las noticias políticas. Este interés acentuóse más aún cuando con el establecimiento del Imperio cesaron casi por completo las asambleas del pueblo y se enrarecieron las sesiones del Senado. Augusto, que se complacía visiblemente en desteter lo que César había tejido, prohibió que se diera cuenta al pueblo de las deliberaciones senatoriales. Desde aquella orden los *Acta diurna populi romani* hubieron de llenarse casi exclusivamente con la relación de los sucesos, que en la capital del orbe no podían menos de ser variados y numerosos. La parte accesoria convirtiéndose en la parte principal. En esta nueva fase del que pudiéramos llamar *Diario de Roma*, su contribución a la historia romana fué considerable. Plinio y Tácito lo utilizaron copiosamente; Plinio sobre todo, tan aficionado a lo extraño y sorprendente. Del *Diario de Roma* tomó la historia de la lluvia de arcilla roja que cayó en el Foro mientras Milán arengaba al pueblo. De allí mismo saca el caso de un perro fiel que no pudo ser arrancado del cadáver de su amo, asesinado y lanzado al Tíber. De esta misma fuente es la noticia que da de que bajo el octavo consulado de Augusto un habitante de Faesula (la Fiésola actual) fué al Capitolio a ofrecer un sacrificio con sus ocho hijos, sus veintiocho nietos y ocho nietas y sus diecinueve biznietos. Es probable que esta noticia fuese inserta en el Diario por orden expresa del Emperador, preocupado por la despoblación de Italia, y que se complacía en rendir homenaje a las familias numerosas.

Constaban asimismo en el *Diario Romano* los casamientos importantes, los nacimientos, los óbitos y los divorcios, que eran tan frecuentes, que en tiempos de Séneca no salía número del *Diario* sin que quedase en él constancia de alguno y aun de algunos: *Nulla sine divortio Acta sunt*. Y el mismo Séneca da a entender que no faltaban vanidosos que se servían de aquella publicidad para su propio reclamo, cosa que él, dice, jamás hubiera hecho: *Beneficium in Acta non mitto*: Yo no hago poner mis liberalidades en el *Diario*.

El éxito del periódico así redactado no pudo ser mayor. Llega a todos los rincones del mundo romanizado. Todos los grandes personajes a quienes sus funciones retienen en el apartamiento de las provincias lo desean tener. Cicerón, escribiendo a un amigo le dice: *Acta tibi mitti certo scio*: "sé con certeza que te es enviado el Diario." Y escribiendo a otro, el propio Cicerón le dice: "Pienso que alguien copia para ti y te expide el *Diario*: *Acta omnia ab te arbitror prescribi*." Tácito nos dice que *Acta diurna* era leído en Roma con sumo interés, sobre todo a la sobremesa. Dion Casio refiere que Livia hacía publicar en él los nombres de aquellos que habían sido admitidos al honor de ir a saludarla a la mañana, halago muy agradecido y gustado por los que eran objeto de esta fina distinción. El *Diario de Roma*, según testimonio de Tácito, era leído con toda atención por las provincias y en los campamentos: *Diurna P. R. per provincias, et exercitus curatius leguntur*. (Annal. XVI, página 22.)

*Acta diurna populi romani*, o sea el *Diario de Roma*, duró todo lo que duró el Imperio; igual a sí mismo, sin ninguna innovación fecunda. Suetonio menciona explícitamente su existencia durante los reinados de Tiberio y de Caligula. Todo cuanto resta de aquel venerable progenitor de la Prensa moderna puede verse en un curioso opúsculo de Hulner intitulado *De Senatus populique romani actis*. (Leipzig, 1860.)

Por un pasaje del *Satiricón*, de Petronio, árbitro en un incidente de aquella prolija y donosa y jocosa cena de Trimalción (capítulo 53), podemos entender cuál era el estilo en que aparecía redactado el *Diario de Roma*. Voy a traducir el sabroso episodio:

"Su gana de bailar fué cortada bruscamente por la llegada de un secretario, quien recitó en voz alta, como si decorase el *Diario de Roma*:

"A los siete días antes de las Calendas de agosto: en el predio Cumano, propiedad de Trimalción, nacieron treinta varones y cuarenta hembras; de la era se acarrearon a la troje o alholí quinientos mil modios de trigo. El mismo día: el esclavo Mitridates fué puesto en cruz porque blasfemó contra el genio de Gayo, nuestro amo. El mismo día: entraron en caja, por no poderse colocar, diez millones de sextercios. El mismo día: declaróse un incendio en los jardines Pompeyanos; se inició en la cabaña de Nasta, el gañán.

"—Y bien—saltó Trimalción interrumpiendo la lectura—, ¿cuándo se compraron a mi costa los jardines Pompeyanos?

"—El año pasado—respondió el secretario—, y por eso todavía no habían sido puestos en cuenta.

"Montó Trimalción en cólera y dijo tempestuosamente: "Cualesquiera sean los fundos que se compren para mí, si no se pone en conocimiento mío dentro de los seis meses, prohibo que se me los ponga en cuenta."

"Luego continuaron leyéndose los edictos de los ediles y los testamentos de los guardabosques, en los cuales Trimalción quedaba desheredado por una cláusula explícita; y a seguida, la lista de los arrendadores, y luego el nombre de una liberta repudiada por un guardia nocturno por haberla sorprendido en la habitación de un mozo de baños; a continuación, el nombre de un mayordomo relegado a bayas; después, la acusación de un cajero, y por fin, la sentencia dada en un juicio entre camareros."

Por este botón de muestra se ve que en el *Diario de Roma* todo era sobriedad y laconismo.

Así y todo hubo épocas en que se ejerció sobre él una vigilancia suspicaz y una suerte de previa censura. En los años vergonzosos de Tiberio, era él quien escogía el secretario encargado de redactar su "Sección política", y huelga decir que esta misión recaía en persona de absoluta confianza. Harto cuidado ponía el celeso redactor en no dejar que se transparentase nada que pudiera dar pábulo a la pública malignidad; pero la gente aprendió a leerlo. Según el testimonio de Tácito, los enemigos de Tráseas, que incriminaban sus actos todos y le querían hacer pasar por rebelde, decían a Tiberio Nerón: "En estos momentos léese el *Diario* más atentamente que nunca para saber lo que Tráseas se ha abstenido de hacer: *ut noscatur quid Thráseas non fecerit*." En aquellos días de abyección, para juzgar de una resolución del Senado era un buen índice el hecho de que Tráseas, que era un varón incorruptible a la vez que prudente, se hubiese abstenido de asistir a determinadas sesiones.

Para que el *Diario de Roma* tuviera un casi absoluto parecido con los nuestros faltaba sólo la rapidez de su difusión, faltaba la invención de la imprenta. Y a fe que bien cerca estuvieron los romanos de inventarla. Todos los días se servían de matrices de hierro, con caracteres huecos o en relieve, para grabar, sobre millares de vasijas, de lámparas, de tejas, el nombre del fabricante, el lugar de la fábrica, el nombre de los cónsules del año de la fabricación. Estaban ya en el camino del descubrimiento. Un venturoso azar, un pequeño esfuerzo más, les hubiera llevado a la invención de la imprenta. Y todo el mundo romano se hubiera llenado de innúmeras hojas volantes.